

EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Tercera charla

LA FORTALEZA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Hemos llegado con la gracia de Dios a la última de las meditaciones que vamos a realizar en este día. Meditaciones en las cuales miramos al Corazón de Nuestro Señor Jesucristo y de él aprendemos. Vamos extrayendo de él como si fuese una mina, una mina no de oro sino de virtudes, y es así como tenemos que hacer en nuestro día a día: **siempre los ojos en Cristo para que Cristo nos ilumine, para que nosotros podamos reflejar a ese Cristo.**

Virtud de la fortaleza.

Tenemos que hablar de la **tercera de las virtudes** en las cuales nos vamos a detener en este día, y para eso, como hemos hecho en las meditaciones anteriores, vamos a partir del texto del santo Evangelio y, para que no haya ningún tipo de sorpresa, una vez más tomamos el Evangelio de san Mateo, el final del capítulo 11:

Venid a mí todos cuantos andáis fatigados y agobiados y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí, pues soy manso y humilde de corazón; y hallaréis reposo para vuestras almas, porque mi yugo es suave, y mi carga ligera. (Mt 11, 28-30)

Nuevamente el mismo texto del Evangelio. Y ahora nos vamos a detener en una virtud diferente a las que nos hemos detenido anteriormente.

Dice el Señor: «*venid a mí*» y de ese *venid a mí* voy a partir para hablar de la **santa virtud de la fortaleza**. Una virtud que tiene una importancia especialísima para nosotros, una virtud que se exige ahora y siempre, en todos los tiempos de la historia de la Iglesia y, particularmente es una virtud que aparece con un brillo especial, como una exigencia nueva para nosotros en tiempos de apostasía, de abandono de la fe: **la virtud de la fortaleza**.

Venid a mí. El *venid a mí* de Jesucristo es un llamado, es una invitación, y en ese llamado —en esa invitación— hay de nuestra parte una necesidad de movimiento. Para ir a Él nos tenemos que mover. La virtud de la fortaleza por un lado exige un acometer, ir; pero también en ese ir a Él, en ese movimiento que nosotros tenemos que hacer, tenemos que resistir. Podemos poner como ejemplo, (aunque tal vez no sea tan fuerte el ejemplo) el aire, el movimiento en contra, la fricción que produce eso.

Hay un resistir, hay un movimiento nuestro de ataque, podemos decir así, y un movimiento de soportar. Esos dos movimientos están contenidos dentro de esta virtud, que es la virtud de la fortaleza.

Definición de la virtud de la fortaleza

Para poder definir la virtud voy a recurrir nuevamente al padre **Antonio Royo Marín** en su *Teología de la perfección cristiana*.

En este libro él habla mucho sobre esta virtud de la fortaleza, y él va a decir:

La palabra fortaleza puede tomarse en dos sentidos principales:

Primero en cuanto significa, en general, cierta firmeza de ánimo o energía de carácter. En este sentido no es virtud especial, sino más bien una *condición general* que acompaña a toda virtud, que, para ser verdaderamente tal, ha de ser practicada con firmeza y energía.

Entonces, el primer sentido no es una virtud es una condición natural. Hay personas que tienen una fortaleza natural. Es verdad que toda virtud necesita de esa fortaleza, pero algunos no la tienen como virtud sino como una herencia de naturaleza, algo que recibieron.

El segundo sentido se usa para designar una virtud *especial* que lleva ese mismo nombre. Y así entendida puede definirse: [y es de esta de la que estamos hablando]¹ **Una virtud cardinal infundida con la gracia santificante** [necesitamos que Dios haga la obra], **que enardece** [fuego, una imagen que se aplica muy bien al Sagrado Corazón] **el apetito irascible**, [es decir el apetito de ataque, digámoslo de esta manera] **y la voluntad** [que es lo que nos mueve, nuestro motor] **para que no desistan de conseguir el bien arduo**, [aquellas cosas que sabemos que tenemos que hacer pero que son difíciles] **o difícil ni siquiera por el máximo peligro de la vida corporal**.

Es decir, es la virtud que nos va a hacer mantenernos de pie haciendo el bien, aunque haya que morir por eso. Y es una virtud en ese sentido esencial, ¿por qué? porque el ser humano –y aquí esta distinción ya es más mía– puede morir de dos maneras también: la muerte inmediata, por ejemplo, aquellos mártires que tuvieron que confesar a Cristo y por eso murieron, tuvieron que tener una fortaleza especial: es la muerte inmediata, y se manifestó la fortaleza en eso.

Pero hay una fortaleza que se da, en la muerte que no es inmediata, ¿cuál es esa muerte que no es inmediata?: la práctica de la virtud, cualquiera de ellas. De hecho van a ver que lo que yo voy a hablar aquí va a tocar muchas virtudes, porque la fortaleza toca muchas virtudes, de alguna manera está presente en muchas de ellas, en todas. Esa muerte se da lentamente, porque la persona tiene que ser muy fuerte para quedarse firme y decir: yo creo en Cristo cuando te van a pegar un tiro, y también tiene que ser muy fuerte para decir: yo sigo a Cristo, todos los días de la vida.

No todos los días uno tiene una buena disposición para seguir a Cristo, no todos los días nosotros la tenemos fácil para seguir al Señor, y es por eso que necesitamos de la fortaleza, que en los dos casos se va a manifestar, nos toque morir como mártires rápidamente o nos toque morir como la mayoría de los cristianos en la prosa del día a día, siempre necesitaremos de esta virtud de la fortaleza.

¹ Lo que está entre corchetes es nuestro.

Vicios de la virtud de la fortaleza

Tiene algunos vicios que se oponen, y esto nos va a dar más luz para entender lo que es esta virtud.

A la fortaleza [dice el padre Royo Marín], se oponen tres vicios [y es bueno tomar nota para ver cómo estamos, porque puede suceder que uno de ellos esté instalado en nuestras vidas] uno por defecto: **el temor o cobardía** (...)

Los cobardes, los temerosos, en las cosas que tienen que hacer y tienen miedo y no las hacen por miedo o por cobardía, están yendo contra la fortaleza:

(...) por el que se rehúye soportar las molestias necesarias para conseguir el bien difícil o se tiembla desordenadamente ante los peligros de muerte;

Entonces primero, *por defecto*: la cobardía (no tengo fortaleza porque soy un cobarde, porque no tengo la fuerza para hacer lo que tengo que hacer). Ejemplo fácil: un padre que tiene que corregir a su hijo, pero para no pasar el mal momento de dejarlo triste o lo que sea, no cumple con su función. Está faltando entre otras cosas la virtud de la fortaleza para hacer lo que tiene que hacer, aún cuando sea difícil, desagradable o te pueda traer como consecuencia hasta la misma muerte.

Y dos *por exceso*: **la impasibilidad o indiferencia**, que no teme suficientemente los peligros que podría y debería temer (...)

La impasibilidad, yo tengo que ser fuerte y tengo que saber que hay un peligro y mi fortaleza justamente está en enfrentar el peligro, pero acá no me doy cuenta, soy indiferente, impassible, nada me toca, es un defecto.

(...) Y **la audacia o temeridad** [audacia en el mal sentido], que desprecia los dictámenes de la prudencia saliendo al encuentro del peligro.

Cuando el primero era cobarde y se escapaba de todo lo que podía ser difícil o peligroso, este último es una persona que va al encuentro del peligro cuando no tiene que ir, es la persona que busca el peligro, pero el peligro digamos así tonto, porque no tenías que ir, la prudencia te decía «ahora no es el momento para ir a encontrar ese peligro» y la persona igualmente va para allá.

Qué implica la virtud de la fortaleza

Ahora veremos una serie de textos de diferentes autores, de donde yo quiero que extraigamos las enseñanzas sobre la fortaleza y lo que ella implica.

El padre Mateo Crawley, en este libro que ya he citado, *Jesús Rey de Amor*, tiene un capítulo llamado «Inmolación de amor», donde habla principalmente del sacrificio que uno tiene que hacer (está escondida la fortaleza ahí detrás).

Dice el padre:

Nosotros, los apóstoles del Sagrado Corazón no podemos, no debemos pertenecer a la casta de los poetas y románticos que cantan el amor divino y lo cantan muy hermosamente, pero... ¡ay! no lo viven. Amor sincero el nuestro, debe ser amor, no del lirismo sino de obra, y más: debe ser amor de sacrificio.

Siempre, en todos los tiempos de la historia de la Iglesia seguir a Cristo fue difícil. Es verdad que hubo momentos peores, y momentos un poco más tranquilos, pero siempre fue difícil.

El amor de lirismo es el amor desconectado con la realidad, “yo amo mucho, mucho a Dios, pero aún sigo faltando algunos domingos a Misa”. Es lirismo, tu amor no es verdadero: quien ama cumple los Mandamientos.

Después está el amor real, objetivo: yo quisiera no entrar en conflicto con esta persona, yo quisiera evitar esta situación, pero mi conciencia me manda, mi conciencia me obliga y, por eso hablo, con prudencia, con caridad, pero hablo. Ese es amor real.

¿En qué consiste esta inmolación? [se pregunta el padre Mateo].

Ante todo, en la observancia fiel, exacta de la ley, “*pues quien observa mis Mandamientos, ese es el que me ama*” (Juan 14, 21).

Y desde luego, esta observancia fiel, escrupulosa de la ley, esta fidelidad a todo lo presente, tanto en lo grande como en lo pequeño, supone ya necesariamente el primer grado obligatorio de sacrificio.

«Supone»: ahí está la fortaleza, es la que sostiene, es la que nos permite hacer lo que tenemos que hacer.

Esos mil detalles, esas incalculables menudencias o naderías como impropriamente las llamamos, constituyen, a la verdad, el más práctico, y casi iba a decir el más rudo de los cilicios [cilicio es un instrumento de penitencia]. Si no somos santos en la vida cotidiana, ordinaria, no es, por cierto, que nos falte ocasión de hacer penitencia, sino el amor que da valor y mérito y fecundidad a la penitencia diaria, inevitable.

Falta la fortaleza, porque las ocasiones están, Dios no nos deja sin oportunidad. Están, y nosotros podemos demostrar nuestro amor a Dios, a Cristo y lo vamos a tener que hacer, tarde o temprano.

Católico que quiera tener una vida absolutamente tranquila, sin necesitar de la fortaleza, sea para resistir o para acometer lo que Dios pida, es un católico que no entendió que el amor es activo, que el amor consiste en recibir –como dice San Ignacio– lo que Dios nos da, pero también consiste en dar. Tiene una bajada y una subida, tiene una ida y una vuelta. **Ese es el amor verdadero.**

Santa Margarita María de Alacoque, también tiene un texto muy parecido al estilo de éste, del padre Mateo Crawley. Ella va a hablar de la fortaleza indirectamente, en cuanto a la necesidad de hacerse violencia, dice la santa:

Yo creo [está escribiendo a una religiosa] que el Sagrado Corazón de nuestro Señor quiere de usted que preste atención a tres cosas [voy a mencionar las tres, la primera para mí es la que es más importante para lo que estoy diciendo]:

La primera, que le ame con un amor de preferencia que le haga vencer sus repugnancias y pisotear esos respetos humanos, el *¿qué dirán si hago esta práctica de virtud?* Hay que despreciar todo eso, siempre que se trate de complacer a ese Divino Corazón.

Fortaleza. Está hablando claramente de la virtud de la fortaleza, vencer las repugnancias. Hay un error, un error muy extendido en nuestros días dentro de la Iglesia, que es el error

del sentimentalismo, “yo hago porque siento”. El amor no funciona así, porque por momentos no vas a sentir, no vas a sentir las ganas, placer, consolación en lo que te corresponde hacer, pero hay que hacerlo igual, es lo que Dios pide, es lo que mi conciencia me dicta. Por eso «vencer la repugnancia» dice la santa.

Después ella menciona las otras cosas que cree que está pidiendo el Sagrado corazón está religiosa:

Además, no hay que desestimar, juzgar ni condenar más que a sí misma; y para esta práctica, observará la de la caridad y humildad, y así evitará el juicio y sentencia de su juez.

Esto se podría haber aplicado más a la segunda meditación sobre la humildad.

La tercera es que quiere ser el objeto de todas sus complacencias y que tenga sus delicias en Él, para hacerse digna de que Él las encuentre en usted.

¿Quiere que adorne su corazón con las virtudes del Suyo? ¡Si supiera cuánto le aflige cuando falta a la caridad o la humildad, o cuando por negligencia desprecia las luces que le da para apartarla de la disipación y reflexión sobre sí misma! Esto le causa horror y no le permite concederle sus gracias con más abundancia.

Y va a continuar la santa, pero la idea principal para nuestro tema ya la tomamos: es necesario en la práctica de la fortaleza vencer esa repugnancia que surge ante determinadas obras. No todo lo que tengamos que hacer necesariamente va a ser de placer, no, no funciona así. Al contrario, el amor se manifiesta en el dolor, el amor se manifiesta cuando es difícil, cuando no tengo ganas, cuando me cansé, cuando me gustaría evitar esta situación y no lo estoy consiguiendo. Ahí está el verdadero amor.

Cómo conseguir la virtud de la fortaleza

Nuevamente el padre Royo Marín va a dar algunos consejos para conseguir fortaleza, la fortaleza real, la fortaleza que es virtud.

Va a decir:

1) Lo primero –muy lógico– como es una virtud sobrenatural **hay que pedirle a Dios, que Dios me dé fortaleza.**

Si yo soy una persona que me considero muy débil voy a imaginarme lo que tengo que hacer y voy a decir: no puedo. Y si yo soy una persona que creo que me puedo llevar el mundo por delante, voy a decir: voy solo y me voy a chocar con la pared y voy a fracasar. Porque la fortaleza es una virtud, no es un convencimiento nacido del orgullo.

Pedir, pedir a Dios que me dé fortaleza, que es pedir que me dé perseverancia.

2) En segundo lugar: **prever las dificultades que encontraremos en el camino de la virtud y aceptarlas de antemano.**

El realismo, porque hay personas que dicen “bueno yo voy a ser católico, voy a rezar el Rosario todos los días, voy a ir a Misa todos los días, voy a...” ¿te pusiste a pensar que habrá días en los que no tengas ganas de rezar el Rosario? ¿lo vas a rezar igual? ¿te pusiste a pensar que un día va a estar lloviendo y no vas a poder salir para la santa Misa, o salir va

a ser muy difícil? ¿lo vas a hacer igual? Es decir, prever y aceptar eso, para que cuando llegue no nos sorprenda, estemos dispuestos, estemos preparados.

3) Tercero: **abrazar con generosidad las pequeñas molestias de la vida diaria para fortalecer nuestro espíritu contra el dolor:**

Está un poco frío... voy a aguantar un poquito ese frío, en cuanto no me lleve a la enfermedad voy a tratar de no abrigarme tan rápido, pequeñas dificultades de la vida. Esta persona me está dejando inquieto, me quita la paz, voy a respirar profundo y voy a intentar permanecer un poquito más ahí, dificultades pequeñas de la vida. Se rompió una cosa de la casa, es una dificultad, “gracias, Señor”. Tengo que salir cuando llegué recién y no quería salir de nuevo: “gracias, Señor”.

Y así las dificultades del día a día, las pequeñas cosas nos van apuntalando y nos fortalecen para las grandes.

4) Cuarto: **poner los ojos con frecuencia en Jesucristo crucificado.**

Muchos se olvidan de esto. Es la Cruz la fuente de inspiración principal de los santos de todos los tiempos. La Cruz.

¿Yo quiero tener fortaleza?: los ojos en Cristo crucificado. Él acometió, es decir, abrazó la Cruz, la llevó y Él resistió. Ahí tenemos el ejemplo de fortaleza, y es ahí donde va a brotar la fortaleza real que nosotros tenemos que manifestar. La fortaleza que le hizo permanecer callado en varios interrogatorios, o en varios momentos de los interrogatorios —y la misma virtud de la fortaleza— que en otros momentos le hizo hablar con coraje: «*no tendrías poder si no te hubiera sido dado de lo alto*», hay que decir eso, ante la máxima autoridad que te puede matar: es la fortaleza.

En la Cruz encontramos el ejemplo máximo de fortaleza de Cristo.

5) Quinto: **intensificar nuestro amor a Dios.**

Intensificar, los actos de amor a Dios nos fortalecen, porque el amor vence el temor, el amor vence las dificultades, los obstáculos. Quien ama resuelve, soluciona, es una realidad, el amor nos lleva a hacer cada cosa ¡cuántas locuras se han hecho por amor! amores desordenados, pero locuras al fin. ¿cómo puede ser que el amor de Dios no nos lleve a hacer lo que tenemos que hacer? trabajar como tengo que trabajar todos los días. Se supone que, si hay un contrato y yo estoy recibiendo, tengo que dar mi parte, así como fue convenido. Se supone que, si yo soy estudiante, tengo que estudiar. Si soy hijo tengo que obedecer; si soy padre tengo que saber corregir, estar, acariciar, todas esas cosas, se supone.

Tenemos ejemplos sublimes de fortaleza en la santa Iglesia, y es para eso, para dejar una luz sobre estos ejemplos, que me voy a valer de un texto de **san Alberto Hurtado** dentro de unos Ejercicios Espirituales que él predicó. Él habló, nuevamente de modo indirecto, pero que a nosotros ya nos deja mucha luz sobre la fortaleza. Él decía:

En la historia de la humanidad, por más hundida que ha aparecido en ciertos momentos, el heroísmo siempre ha encontrado corazones dispuestos cuando se les ha presentado una causa que vale la pena.

Heroísmo, acá, será sinónimo de fortaleza y de hecho es así, no hay héroe sin fortaleza. Nosotros no nos imaginamos, ni siquiera en nuestra imaginación, está el héroe como una persona débil. Tiene que ser fuerte.

Y dice:

Y cuando este heroísmo se encarna en un ideal religioso, llega a extremos inauditos. No hay más que recorrer la lista de las vidas de los santos... El idealismo humano no ha encontrado nada igual a las vidas de esos hombres galvanizados por un ideal. Desde los apóstoles, que lo dejaron todo cándidamente por seguir a Jesús y ofrendaron sus vidas, gozosos de ser hallados dignos de sufrir algo por el nombre de Jesús... Los miles de mártires: esas niñas tiernas como Inés, Blandina, la ciegucecita Lucía; esa heroica mártir compañera de nuestros padres del Japón, que al ir a morir con su pequeño hijo, Ignacito, temiendo que flaqueara lo levanta y le muestra al Padre que lo bautizó: "Hijito mío, ¡no vayas a desfallecer!". Esos centenares, quizás millares de mártires mexicanos, muchachos que iban a pelear por Cristo con un fusil más grande que ellos, uno a quien, compadecido de él, el general Callista le da un caballo para que lleve un recado, con el ánimo de que escape, y vuelve a traer la respuesta porque no quiere dejar escapar el martirio. Nuestros padres de España, el señor Tort, que alojó el señor Obispo de Barcelona y momentos antes del martirio, él da la primera comunión a su hijo. El heroísmo de nuestros padres del Canadá, que escriben invitando a las misiones de Nueva Francia. El heroísmo de nuestros misioneros de Alaska, heroísmo disimulado con una sonrisa irónica que no deja traslucir ni siquiera a ellos mismos la grandeza de lo que están haciendo. Un norteamericano que va a las misiones Polares y se encuentra con un misionero delgado, seco, que no come más que pescado helado, a una petición del Obispo sacrificó lo último que le quedaba de consuelillo humano, su pipa. En una choza a más de 40 grados bajo cero, tan baja que para darse vuelta, en la Misa decía: "el Señor", bajaba la cabeza y al otro lado de la viga decía: "esté con vosotros". Cada año parten miles para las misiones, entran a los seminarios y noviciados, las Cartujas no están desiertas, ni las Trapas, ni los conventos de Carmelitas. Heroísmo sencillo como el de nuestro padre vicario que termina su labor de gobierno y, con la mayor sencillez, pide ir a trabajar como un simple misionero al Congo. Otro profesor de Teología enviado por los superiores a enseñar matemáticas a alumnos de sexto año, que sabían más matemáticas que él, y en la noche pasaba hasta las 2 y 3 de la mañana sacando sus problemas, sin tener a quien consultar y durmiéndose sobre sus problemas, y todo esto, con toda llaneza por Cristo. Heroísmo de jóvenes puros, alegres, abnegados, que trabajan día tras día con un idealismo que no será descanso, siempre dispuesto a decir que sí.

La fortaleza es una virtud necesaria, hoy sigue siendo una virtud necesaria en un mundo que nos dice: "Dios no existe". Nosotros, con nuestra fortaleza gritamos: ¡Él está aquí!, ¡Él está presente!, *«el Reino de Dios está cerca»*, dice Jesucristo. Sí, claro está aquí, entre nosotros. Fortaleza para oponernos a todo aquello que nos aleja de Cristo, de la ley natural, que se opone a nuestra conciencia. Fortaleza para hablar cuando es necesario y para callar cuando la prudencia lo pide. Fortaleza para obedecer, para saber elogiar el bien del otro, y saber callar cuando es señalado mi defecto.

La fortaleza es necesaria desde todo punto de vista. La fortaleza brilló en Cristo, y si queremos que el mundo conozca a Cristo por nosotros, tenemos que ser fuertes, pero fuertes con una fortaleza de virtud, no de un coraje humano, natural y muchas veces desordenado.

Pidamos al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo, a la Virgen, Ella, que siendo tan jovencita, tuvo que dar un sí que le cambió la vida «*Yo soy la esclava del Señor, que se haga en mí según Tu palabra*».

Pidámosles a Ellos fortaleza para hacer lo que tenemos que hacer; para resistir y padecer lo que tengamos que sufrir; para continuar firmes hasta el fin, por la gloria de Dios, por la honra de María, por el Reinado del Corazón de Jesús.

Dios los bendiga.